

# Números

## Miguel Bances

Raúl estaba en el comedor de su departamento tratando de ordenar las fichas de egresos de la compañía. Había pensado que si adelantaba esa tarea rutinaria, el día lunes estaría más libre, sin la ansiedad que le provocaba siempre la acumulación de trabajo. Sin embargo, se dio cuenta de que no terminaría a tiempo la suma y resta de las fichas y la verificación de las facturas. Las horas se movían sin pausa y muy pronto se iría la mañana. Muy pronto también vendría el almuerzo y luego debía dedicarle toda la tarde a Sandra. En eso estaba, cuando escuchó dos o tres disparos de revólver en la calle. Sandra apareció en el comedor.

—¿Escuchaste? —dijo— ¿Crees que sea algún ladrón?

—No sé —dijo Raúl—, pero el sonido de las balas ha sido muy fuerte. Deben haber disparado cerca de la cuadra.

Raúl miró fijamente la ventana, tratando de encontrar una respuesta, aunque desde el ángulo en que se encontraba no podía ver sino el borde del edificio de enfrente y un pedazo desgastado de cielo. Estaban en un cuarto piso.

—No te acerques a la ventana —dijo Sandra— pueden disparar otra vez, puede haber una bala perdida.

—No te preocupes —dijo Raúl y volvió a sus fichas.

—Ya anda guardando eso —dijo Sandra—. El almuerzo está listo.

No volvieron a escuchar más balas y almorzaron en silencio, aunque Sandra no pudo dejar de mirar hacia la ventana. En los últimos años la delincuencia había crecido de manera alarmante y siempre se daba cuenta de asaltos y robos por los noticieros nocturnos. El barrio, sin embargo, hasta el momento había permanecido seguro y se podía transitar por él hasta muy tarde.

Raúl terminó de almorzar y le preguntó a Sandra a dónde irían esta tarde. Sandra no levantó el tenedor. Percibió que su pregunta escondía un aire de cansancio y hasta se diría de sufrimiento, como si forzara las palabras. Sandra hubiera querido decirle «si no tienes ganas nos quedamos en casa», pero más bien empezó a hablar sobre una obra que se estrenaba en el teatro. Esta vez fue Raúl quien se quedó mirando a través de la ventana. Luego volteó el rostro súbitamente y le preguntó si había leído alguna reseña sobre la obra.

—En el periódico dicen que es una historia sobre un hombre que pierde la memoria y no reconoce a su familia...

—¿Un hombre que pierde la memoria? —interrumpió Raúl—  
¿No te parece que es un recurso muy manido?

—No, no me parece —dijo Sandra un tanto ofuscada—. El hombre pierde la memoria, pero puede ver la vida de otra manera.

Raúl quiso decirle que aquello que acababa de contar confirmaba que era un recurso demasiado trabajado, pero prefirió callarse para no tener que empezar una pelea sin sentido. Después de todo, luego del teatro podían ir a tomar unos tragos. Unos tragos bien fuertes y luego una mañana de domingo con un sabor ácido y un poco de dolor de cabeza.

—Hay un olor feo —dijo Sandra—. Un olor que viene de la calle.

—Debe de ser el olor a pólvora —dijo Raúl.

—Más bien es un olor como de orines —dijo Sandra.

—Algún gato —dijo Raúl—. Mañana temprano reviso la azotea.

Sandra llevó los platos al fregadero y empezó a lavarlos. Le gustaba lavar los platos y las tazas y los cubiertos porque era el momento en que se ponía a imaginar cosas. Por ejemplo, ahora estaba imaginándose el teatro, el rectángulo oscuro del escenario donde pronto caería una luz muy suave sobre el decorado del primer acto. Luego regresó al comedor para recoger los vasos y vio que Raúl permanecía sentado.

—Creo que antes de salir podemos tomarnos una siesta —dijo Raúl.

—Acuéstate tú —dijo Sandra—. Yo he dormido bien anoche y no tengo sueño.

—¿Qué vas a hacer mientras tanto?

—Voy a lavar estos vasos unas treinta o cuarenta veces.

—Vamos —dijo Raúl—, sabes que no puedo dormir si no estás a mi lado.

—Eso sí es manido— dijo Sandra.

De pronto sonó el teléfono. Raúl se levantó de la silla y contestó. Luego de un rato de escuchar por el auricular, dijo: «No entiendo muy bien lo que usted me está diciendo, pero lo tomaré en cuenta, señor... ¿cómo dijo usted que se llamaba?».

Sandra estaba aún de pie al borde de la mesa con los vasos en las manos esperando que Raúl le dijese algo, pero en vez de ello lo vio acercarse a la ventana y mirar hacia afuera con cierto detenimiento.

—¿Qué pasa? ¿Quién ha llamado? —dijo Sandra.

—Bueno —dijo Raúl—, era un hombre que decía ser del zoológico.

—¿Del zoológico? —preguntó Sandra, dejando los vasos sobre la mesa— ¿Del zoológico? ¿Pero qué quería?

—No quería nada. Me dijo que se han escapado algunos animales y que hay que tener mucho cuidado, que no podemos salir a la calle por precaución.

—¿Los animales del zoológico? ¿Pero cómo? —dijo Sandra.

—En verdad no sé si lo entendí muy bien. No sé si es un solo animal el que se ha escapado o varios de ellos.

—¿Pero qué animal? ¿Un león, un oso?

—No sé, supongo que debe ser un animal peligroso para decirnos que no salgamos a la calle.

—No tiene sentido —dijo Sandra— De repente es una broma. Los animales del zoológico no se escapan. Voy a prender la radio del dormitorio. A esta hora pasan noticias.

Raúl permaneció al lado de la ventana. La calle estaba vacía y había un gran silencio, pero no se percibía nada extraño. Las aceras estaban apenas iluminadas por el tímido sol de invierno y en los techos de las casas las ropas de los cordeles se secaban con dificultad. Las ventanas del edificio de enfrente estaban abiertas de par en par, pero no se podía advertir la presencia de ninguna persona.

—No dicen nada en la radio —dijo Sandra—. Voy a ver si hay alguna noticia por internet.

Más allá de las casas y los edificios se podía ver un trozo del parque, las bancas minúsculas y solitarias, las copas de los árboles moviéndose lentamente al compás del viento de invierno. Raúl fijó nuevamente su mirada en las ventanas del edificio de enfrente. «No se asoman —pensó— porque tienen miedo».

—Ninguna noticia por internet —dijo Sandra—. A lo mejor es una broma.

—De todos modos hay que averiguarlo —dijo Raúl.

—Llama a la comisaría o al serenazgo —dijo Sandra—. Ellos tendrían que saberlo.

Raúl cogió el teléfono y esperó un buen rato con impaciencia; después dejó el auricular en su sitio.

—¿No contestan? —preguntó Sandra.

—No —dijo Raúl—. Voy a intentarlo de nuevo.

Sandra se asomó a la ventana. La calle no solo estaba vacía, sino que además permanecía silenciosa. No había niños en el parque, ni gente circulando. Tampoco se escuchaba, como era costumbre los sábados por la tarde, alguna canción estridente, algún ruido fastidioso. Los perros no ladraban.

—Es imposible comunicarse con ellos —dijo Raúl—. O sea que si estuviésemos bajo una amenaza real estaríamos sin amparo.

—¿Pero cómo sabes que ahora no estamos bajo una amenaza real? —preguntó Sandra— ¿Llamaste solo al serenazgo? ¿Llamaste a la policía?

—Llamé hasta a los bomberos —dijo Raúl—. Lo más probable es que todo esto sea una broma.

—Dame ese teléfono —dijo Sandra.

Raúl vio cómo Sandra marcaba un número en el teléfono y esperaba pacientemente. Luego de un rato, colgó el auricular y en seguida lo descolgó y empezó a marcar el número nuevamente. Estuvo un buen rato así, repitiendo varias veces la misma operación. Raúl pensó que ella lograría finalmente comunicarse, aun si tuviese que esperar mucho tiempo. La paciencia era una cualidad de Sandra de la que él carecía por completo. Cuando se perdía un objeto, una llave o una tarjeta, él buscaba torpemente en todos los lugares sin encontrarlo; en cambio ella lo ubicaba sin alterarse.

—Buenas tardes, felizmente he podido dar con ustedes —dijo Sandra—. Verá, lo que quiero es verificar una información. Sí, no es una emergencia exactamente, solo quiero que me digan si se ha escapado algún animal del zoológico. Ya, pero nosotros vivimos a seis cuadras de allí, no creo que tengamos ningún problema. Sí, pero no creo que la gente deba... está bien, pero lo que usted me pide es absurdo. Bueno, está bien. Gracias.

—Entonces es verdad —dijo Raúl.

—Sí —dijo Sandra.

—Pero qué más te ha dicho.

—Me ha dicho que debemos permanecer en el departamento porque el animal que se ha escapado es peligroso.

—¿Qué animal? ¿Un león, un tigre?

—No me precisó qué animal. Me dijo que debíamos estar acá encerrados hasta que lo atraparan. Por cierto, en el zoológico no hay tigres.

—Sí hay —dijo Raúl—. Hace poco leí que habían traído uno de Bengala.

—Hace tanto tiempo que no vamos al zoológico. Y vivimos tan cerca.

—De repente la noticia no ha rebotado en los medios para que no haya pánico.

—Pero deberían informar —dijo Sandra—. Puede ser que algún vecino no se haya enterado.

Raúl miró su reloj. La hora de la siesta había pasado largamente, pero todavía quedaba mucha luz en la calle. «Este sábado va a ser muy largo», pensó.

Sandra lo estaba mirando con detenimiento y parecía leer sus pensamientos.

—Ve a descansar. No importa si te duermes hasta más tarde. Vamos a tener que quedarnos en casa.

—Está bien —dijo Raúl. Pero en vez de dirigirse al dormitorio se puso a observar por la ventana—. Me gustaría saber si la gente que vive en el edificio de enfrente está tan asustada como para no ponerse a mirar por la ventana.

—Es posible que tengan miedo. Yo lo tengo —dijo Sandra.

—Pero la curiosidad es siempre más fuerte —dijo Raúl—. De pronto, si me quedo aquí observando puede que vea al animal.

—Anda a descansar —dijo Sandra—. Más tarde vemos alguna película por el cable.

Raúl se fue al dormitorio y Sandra permaneció en el comedor. Vio los vasos sucios sobre la mesa que aún no había lavado. Luego se dirigió al borde de la ventana. Entraba un viento frío y la tarde se iba cubriendo de gris. Un gris deprimente que deslucía los contornos de las casas y de los edificios. Pronto sería imposible distinguir al animal que se había escapado del zoológico.

Se sentó en la sala. Al lado del sofá estaba el maletín de Raúl. Lo abrió y extrajo las fichas de la compañía. Raúl siempre se quejaba de su trabajo. «Son puros números», decía. Durante los últimos ocho años no había trabajado más que con esas fichas de ingresos y egresos y parecía que siempre iba a permanecer en la misma empresa. Sandra, en cambio, hacía muy poco que había obtenido un nuevo empleo en un ministerio. Ella no trabajaba con números, trabajaba con letras.

Distraídamente, empezó a ver las fichas. Allí estaban los números escritos por Raúl. Una infinidad de números sumados y restados y vueltos a sumar. Y a restar. Lo único que podía fijar la atención de Sandra era el ocho de Raúl, un número bastante torcido hacia la derecha. Si se inclinaba un poco más, podía parecerse al signo del infinito.

Pero no quería pensar en el infinito. Guardó las fichas en el maletín y se acercó nuevamente a la ventana. Más allá de las casas estaba el parque solitario. Recordó que mucho tiempo atrás se había escapado un mastín y estuvo durante horas en el parque sin que los serenos pudiesen capturarlo y tuvieron que esperar hasta que llegara su dueño.

Ese recuerdo la llevó años más atrás, cuando un perro, un pastor alemán gigantesco, cayó desde la azotea vecina al patio de su casa. Sandra y su madre tuvieron que encerrarse en la habitación y pedir auxilio a gritos por la ventana. Ella siempre contaba esa anécdota a sus amigos y familiares, pero su madre no quería hablar de ello. Para su madre ese hecho había sido tan espantoso que durante mucho tiempo, recordaba Sandra, tuvo que tomar unas pastillas recomendadas por el médico.

Luego se recostó un poco más en el sofá y permaneció un buen rato observando la caída de la tarde por la ventana. Las luces fragmentadas del cielo le fueron quitando los recuerdos y penetró en un mundo silencioso que era el mundo de los sueños. En el sueño vio una caja de zapatos vacía, una calle oscura con un poste caído, tres niños que reían en medio de unos arbustos, un charco de lluvia y una bicicleta vieja al final de un pasadizo. En eso sonó el teléfono.

El hombre, al otro lado de la línea, le informaba que el animal había sido capturado y que las personas de la zona podían salir sin problemas a la calle. Sandra le dio las gracias sin saber muy bien por qué lo estaba haciendo. Le pareció que un animal que se escapaba del zoológico era un hecho muy grave. Los del zoológico deberían dar disculpas a los vecinos. Y tal vez ella debía denunciarlos.

Entró en el dormitorio que ya estaba en penumbras, pero por la forma en que yacía Raúl pudo darse cuenta de que estaba despierto.

—¿Eran los del zoológico? —preguntó Raúl.

—Sí —dijo Sandra.

—¿Qué te dijeron?

—Me dijeron que aún no habían atrapado al animal.

—Es el colmo, ya es de noche, ¿no?

—Sí. Son cerca de las siete.

—Entonces, ni modo —dijo Raúl— aunque me gustaría saber de qué animal se trata.

—A mí también —dijo Sandra.

—¿Sientes? —preguntó Raúl.

—¿Qué cosa? —dijo Sandra.

—El olor a pichi. Tú también lo sentiste más temprano. ¿Crees que sea del animal?

—No, no creo —dijo Sandra. Debe de ser algún gato.



Salió de la habitación y se acercó a la ventana del comedor y vio la calle negra y vacía. Seguramente los vecinos recién estaban siendo avisados por la gente del zoológico. Abrió un poco más la ventana para que penetrara el aire frío de invierno. Luego recogió los vasos de la mesa que había olvidado y se dirigió a la cocina.